

Trazos del cuerpo al papel: La creación del dibujo de la figura humana en el niño



CORINA NIN¹

DOI: 10.36496/N136-137.A9

ORCID ID: 0009-0007-0150-4234

RECIBIDO: ABRIL DE 2023 | ACEPTADO: MAYO DE 2023

RESUMEN

El logro de la figura humana en el niño pondrá en juego lo que llamaremos un *montaje significativo de escrituras*, de armado de cuerpo erógeno, escritura marcada por la pérdida atravesada por el significante. En circulación deseante, el otro/Otro imprimirá marcas, registros primordiales que conformarán psiquismo. En este acto creativo el niño re-crea la falta de donde se partió y dará cuenta de los recorridos escriturales de su cuerpo. Lo plantearemos como un salto del espejo al papel. Y el asombro presente por la capacidad de encontrar una vez más una representación unificada imaginaria y a la vez simbólica de su cuerpo. Este salto estará sostenido por la respuesta asombrada y jubilosa del adulto, que nom-

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. corinanin@gmail.com

bra, valida y certifica la unidad de la imagen realizada. Esto hace referencia a la inscripción de lo humano en su carácter simbólico.

DESCRIPTORES: INSCRIPCIÓN / YO CORPORAL / ESTADIO DEL ESPEJO / ESTRUCTURA PSÍQUICA / TÉCNICA PSICOANALÍTICA CON NIÑOS / DIBUJOS / MATERIAL CLÍNICO

SUMMARY

The achievement of the human figure in the child will involve what we will call a *significant montage of writings*, the assembly of an erogenous body, writing marked by loss traversed by the signifier. In the desiring circulation, the other/Other will impress marks, primordial registers that will shape the psyche. In this creative act, the child re-creates the lack from which they started and will account for the writing journeys of their body. We will posit this as a leap from the mirror to the paper. And the wonder present in the ability to find, once again, a unified imaginary and symbolic representation of their body. This leap will be sustained by the amazed and joyful response of the adult, who names, validates, and certifies the unity of the image created. This refers to the inscription of the human in its symbolic character.

KEYWORDS: INSCRIPTION / BODY EGO / MIRROR PHASE / PSYCHIC STRUCTURE / PSYCHOANALYTIC TECHNIQUE IN CHILD / DRAWINGS / CLINICAL MATERIAL

Un pequeño en su andar aún tambaleante se topa al descuido con un papel, un crayón o un lápiz; en un hallazgo inesperado o imprevisto, sin evidenciar ni mostrar signos de búsqueda, raya, traza e imprime en la hoja-superficie huellas duraderas que volverá a encontrar y a repetir en un aparente desdén. Más tarde reconocerá la impresión transformándose en un *escritor de superficie*, repitiendo movimientos circulares y rayas sin unidad. Muchas veces, en movimientos agitados e ininterrumpidos de sus manitas,

vuelve a dejar huellas en la hoja, que quizás caigan sin ser recogidas o puedan ser tomadas nuevamente por él, y de esta manera irá encontrándose con sus marcas e irá reconociéndolas porque vuelve sobre ellas.

Sí, el hallazgo evidencia un acto significativo, hay una superficie que permite su transformación, puede afectarse, puede tolerar el frenesí del rayado, se encuentra allí para ser transformada y permite que perduren sus trazados. El pequeño encontrará que existen superficies a imprimir, y ahora, en este descubrimiento, lo encontraremos en una búsqueda placentera e incansable, rayando paredes, mesas, hojas y cuanta superficie pueda encontrar, incluso su propio cuerpo y el de los otros.

La potencia del hallazgo: una superficie a afectar, signar, que permite imprimir una marca perdurable.

Más tarde, en el fervor del rayado informe se irán delineando pequeñas circunferencias, líneas que se cierran, primer encuentro con trazos ocluidos que tendrán como matriz el contorneo libidinal de lo propiamente humano: el círculo de un rostro, el de su madre, de sus ojos y su mirada, de la boca, de su boca que en la fruición por el alimento y en el recorrido de su lengua, esculpirá el círculo en donde penetra el pezón. Trazos tallados en su cuerpo en los encuentros envolventes de miradas, de caricias, del tacto, de la voz, que bordean una superficie, recobrados en el garabateo que ahora se cierra y le hacen posible reencontrar signos de las marcas impresas en su propio cuerpo.

Luego alcanzará un logro que marcará un salto cualitativo: la realización del monigote, primera representación de la figura humana en el niño. Este salto implicará una marca diferencial, en la medida que se transformará en un signo a descifrar, ahora compartido con el otro, con su entorno, que implicará el ingreso en la expresión y manifestación gráfica de la cultura.

EL CUERPO, SUPERFICIE MARCADA: ESCRIBIENDO CUERPO

Para que el pequeño logre realizar en el papel una elemental figura humana, deberá haber pasado por escrituras previas que permitan ir labrando, trazando un Yo cuerpo (Nasio, 2008) o la imagen inconsciente del cuerpo, como la llama Françoise Dolto (1986). Esta autora la define

como las primeras impresiones que quedan inscriptas en el psiquismo a través de las sensaciones corporales, en el contacto afectivo, carnal y simbólico con su madre. Lo refiere como una huella de una sensación intensa experimentada por el bebé, como un impacto psíquico. Dirá: «La imagen inconsciente del cuerpo es el inconsciente embrionario y la matriz del inconsciente es el cuerpo mismo [...] es la memoria del cuerpo infantil» (pp. 24-25).

Nos quedaremos con este aspecto que señala Dolto, que retomo como *impacto efectivo*, agregando que, más que de una sensación, se trataría de una excitación intensa [*reiz*] ligada a la pulsión, configurando, bordeando, bordando las zonas erógenas.

El bebé no se inscribe a través de la pura sensorialidad, sino por la pérdida de la Cosa, el *das Ding* freudiano. Collette Soler (1987/1994) advierte que el cuerpo es el que está atravesado por el significante. Dirá que la pérdida es de su propio cuerpo en el destete, en la medida que el seno es parte de sí mismo, «se trata de un seno prensible que se engancha a la madre» (p. 6), de la misma manera las heces en su desprendimiento remitirán a la castración.

Se introduce la dimensión de pérdida –como corte significante– que abre la posibilidad del deseo. Imbriano (2 de octubre de 2008) plantea que «la posición del sujeto como morador del lenguaje lo ordena en la función significante que se puede definir como la función de encuentro-pérdida-reencuentro, pero que jamás captura. El deseo no captura su objeto, la repetición no alcanza su meta» (párr. 6), y así se relanza una y otra vez.

Serán tiempos de la represión originaria, fundante del psiquismo². Es el deseo del Otro el que pondrá en marcha el circuito pulsional erógeno, labrando, horadando, invistiendo, dando espesor fantasmático a un psiquismo en ciernes. Sin el deseo pulsante del otro/Otro, el pequeño desfa-

2 Siguiendo a Freud, quien parte del desamparo inicial (*Hilflosigkeit*), en estas primeras inscripciones se dará la fijación de la pulsión a un representante, es decir, la inscripción y la ligazón de la energía pulsional, donde aquello ligado no será admitido a la consciencia ni descargado a la motilidad, estableciendo lo reprimido originario. Lo escindido primario se mantendrá bajo la tutela de la censura psíquica. Acompasarán este proceso la acción específica, la vivencia primaria de satisfacción, la realización alucinatoria del deseo, «el desengaño», la fijación, fundamento de la represión originaria y del deseo (Freud, 1950 [1895]/1996d, 1900 [1899]/1986b, 1911/1996a, 1915/1996c).

llece, como lo advierte Spitz (1972) en su descripción extrema del marasmo de los bebés hospitalizados. En su indefensión y desvalimiento inaugural, el otro «auxiliador» (Freud, 1950 [1895]/1996d) tendrá un protagonismo inusitado. El bebé no será un objeto a alimentar, cambiar, bañar, en un ordenamiento puericultor del vínculo.

Es la dependencia absoluta de los primeros tiempos, como lo plantea Winnicott, en los cuales su supervivencia dependerá de la entrega incondicional, libidinal y deseante de su madre o, como lo plantea Bion, en su función de pensar-soñar a su hijo.

Myrta Casas de Pereda (2015) realiza un aporte significativo cuando plantea:

Para que ocurra esa pérdida (afirmación y expulsión) -llámese represión primaria, negatividad creadora, metáfora o simbolización-, lo que se vuelve imprescindible es encontrar respuesta en el deseo del otro; no satisfacción, sino respuesta. Ese lado realizativo de la subjetivación. (p. 35)

En el devenir de esa cadencia de circulación deseante, de encuentros y desencuentros, de presencias y ausencias, se irán generando escrituras corporales, marcas diferenciales, pulso rítmico de danzas alternadas cincelando cuerpo en su trazado signifiante. Javier García (2019) de manera sugerente las llamará «coreo-grafías».

La erogenización será dada por el circuito de la pulsión, en el zigzagueante montaje del intercambio de los orificios -sin ton ni son, como diría Lacan (1964/2005)-.

Así el bebé será marcado por vísceras que chillan por alimento, su llanto-grito que clama por él, boca que succiona, lengua que rodea y registra la saliva en el paladar, así como el líquido tibio de la leche materna, por la incorporación del alimento que traga con placer o desagrado, que calma o que expulsa. Narinas que olfatean, que reconocen o desconocen olores. Por el encuentro de miradas que acercan, alejan, que penetran, ojos que se encuentran, acarician, que se abren, que se cierran, que envuelven, que contornean un cuerpo. Por voces disonantes y consonantes, suaves, agudas, graves, previstas e imprevistas, lejanas, que rodean y nombran su corporalidad. Piel que registra. Orina y heces que marcan orificios. Signos

diferenciales dados en un contexto de presencias y ausencias, por pausas, ritmos continuos y discontinuos, macrorritmos y microrritmos.

Cuerpo erógeno que sucesivamente se irá contorneando, dibujando, dejando huellas perdurables, configurando psiquismo.

Es importante considerar que es el otro/Otro el que es causa de la división subjetiva, la que será posible en tanto exista una madre en una activa y vital búsqueda de responder, interpretando el llamado de su hijo como demanda. La madre deberá dar lugar a la falta en la satisfacción de la demanda posibilitando el surgimiento del deseo. «La formación de un fantasma no es otro que la ratificación imaginaria de ese objeto perdido» (Chemama y Vandermersch, 2004, p. 143).

Así la madre irá apalabrando su llanto, sus gritos, su pataleo, sus sonrisas, su placidez, sus tiempos, sus apetencias. Primeras marcas que irán dando espesor psíquico a la superficie corporal, encuentros que irán tejiendo una malla que permitirá hacer posible la vivencia de unidad de superficie.

Donald Meltzer realiza un interesante aporte relativo al *conflicto estético*, partiendo de la emocionalidad primitiva de tipo estético; dice que en la relación boca-lengua-pezón y la intensidad ojo a ojo es donde realmente se elabora el primer teatro de los fantasmas que él sitúa en el «teatro de la boca»; plantea que en ese teatro se ejercen no solo conexiones manos-boca, sino las vocalizaciones que considera como un ejercicio fantasmático.

En oposición con esa atención recíproca penetrante del pezón-ojo y de la boca-ojo, existe en cada uno de los dos, madre y bebé, una forma de atención caracterizada por más pasividad y espera, que implica un elemento de abandono a lo desconocido, al misterio, a la alegría sometida a esa experiencia de estar envuelto por el objeto estético, al poder de su belleza exterior, a lo desconocido del interior oculto. (Haag, 2004, p. 7)

De acuerdo a lo que hemos planteado, pensamos que *el teatro* se extenderá al *montaje de las primeras escrituras*, dado por el entramado de cuerpo erógeno.

Tiempos lógicos de escrituras primeras, de contorno, de borde, de superficie y de profundidad, dados por los intercambios que podrán ser pasivos, penetrantes, «torbellinezcós», al decir de Haag, y placenteros.

El telón de fondo se dará por una ritmicidad que marca diferencias, que permitirá e irá construyendo la posibilidad de cierta espera apacible en la alternancia presencia-ausencia, tiempos que definirán los avatares de la pulsión, demandando objetos siempre parciales y contingentes, nunca alcanzados, siempre añorados.

Estos tiempos lógicos (y no cronológicos) primordiales serán condición para que pueda darse la represión propiamente dicha, fundamento de la estructuración psíquica.

El encuentro en el espejo marcará un hito en el devenir del pequeño. Su imagen reconocida en la lámina de cristal permitirá la identificación imaginaria con alguien que no es. La unidad corporal se vivirá con ajetrete y algarabía, y permitirá *a posteriori* percibir la ortopedia del cuerpo fragmentado. Este hallazgo configura un nuevo acto psíquico fundante.

LA CREACIÓN DE LA FIGURA HUMANA EN EL PAPEL

Los mitos, referencia ineludible respecto de la creación humana, aluden al origen del dibujo. Un mito corintio de la Grecia del siglo VII a. C. nos dice que Kora, hija de Butades, quedó cautivada por un joven que pronto marcharía a la guerra. Durante la última noche antes de su despedida, Kora despertó de su sueño y descubrió cómo el perfil de su amado se perfilaba en la pared, proyectado por la luz de una vela. Tomando un trozo de carbón, repasó el perfil de la sombra para no olvidar su imagen.

Otros autores hacen referencia a que el primer trazo de una línea la hizo un padre en torno a la sombra de su yerno ausente para consolar a su hija. Una variación del mito dice que fue Narciso quien habría inventado el dibujo a partir del reflejo de su imagen en el agua. En todo caso, se piensa que el primer trazo intentaba representar la figura humana a partir de una sombra o de un reflejo (Uribe, 2013).

La ausencia, la pérdida y la imagen recobrada hacen referencia a un aspecto sustancial del sujeto: la imagen traspuesta, trasladada a una superficie a través de algún tipo de trazado, de escritura, permite que se contornee el vacío y que a través de él algo de lo perdido se transforme en constituyente.

Siguiendo a Lacan (1959-1960/2003), quien toma de Heidegger el concepto de vacío para el movimiento del deseo, diríamos que sucede como el

alfarero que contornea el vaso alrededor de un vacío, permitiendo hacer surgir el objeto en el lugar de la falta. Es un acto de recreación, de reescritura de la falta estructural, recrea aquella falta de la que se partió (aspecto diferencial del sello fantasmático que apunta al completamiento narcisista; no es la completud, sino la ausencia, la que hace surgir el objeto).

El alfarero construye el cántaro, hace las paredes y el fondo, pero esto no es lo que contiene el cántaro. El continente es el vacío del cántaro. El alfarero da forma a un vacío. Es a partir de él que se construye el cántaro –dice Heidegger– el que determina todos los gestos de la producción. (Gil, 2011, p. 76)

Lo que hace del vaso una cosa no reside en la materia que lo constituye, sino en el vacío que lo contiene. ¿Cómo podríamos pensar este salto cualitativo cuando el niño pasa a representar la figura humana?

Ricardo Rodulfo (1999/2015) relata una sesión de una niña que, al ver su imagen en el espejo, intenta delinear sus rasgos con una tiza sobre él, pero solo logra realizar unos trazos de manera discontinua, fragmentada, de su imagen. Luego va hacia una hoja de papel e intenta dibujarse, pero no lo logra, por lo que vuelve nuevamente al espejo repitiendo su intento de transponer, reduplicar su imagen. Repite infructuosamente este acto, y cada uno de sus fracasos lo culmina comiéndose un trozo de tiza (p. 12).

El encuentro de su imagen en el espejo no supone un momento de júbilo y algarabía que augura su unidad. Por el contrario, su fracaso la lleva a la búsqueda repetida de una imagen en el espejo que le permita encontrar cierta unidad. Posiblemente la hoja en blanco le haya producido una intensa angustia ante el vacío, lo que la lleva a la búsqueda infructuosa de tallar, delinear su imagen repetidamente en el espejo porque solo logra realizarla en trozos.

De esta manera se enfrenta a sus propias vivencias fragmentadas y a los fracasos en las primeras huellas, marcas en el encuentro fallido con el otro/Otro. Se come la tiza, buscando incorporar alimento, solo logrando reavivar experiencias de un no alimento psíquico nutritivo, libidinal y deseante que le hubiese permitido un tallado corporal táctil entre otros, escópico en el espejo, representacional y simbólico a través del dibujo de su propio cuerpo.

Tomaremos este ejemplo paradigmático que nos permitirá ir pensando el proceso de escrituras previas del cuerpo erógeno, marcas que van delineando su propia superficie, sus bordes, sus aberturas, sus pliegues, sus cierres en el contacto tan próximo del cuerpo deseante de su madre, hacia la asunción de su Yo en el espejo y el pasaje a la hoja de trazos que perfilan la imagen de sí, reencontrada cada vez.

El logro de la figura humana supondrá, entonces, lo que llamamos un *montaje significativa de escrituras*, de armado de cuerpo erógeno, acto inaugural que irá dejando inscripciones escriturales en un interjuego sincrónico y diacrónico, en continuidades y discontinuidades, de ritmos zigzagueantes propios de la circulación pulsional, consustancial de los avatares de la constitución psíquica.

El encuentro del niño en el espejo, tendrá el valor de «nuevo acto psíquico», ya que su imagen, privilegio de la pulsión escópica, cobrará una dimensión de reconocimiento y unidad de alguien que no es. Por eso Lacan la llamará identificación alienante. El júbilo y la algarabía acompañarán este hallazgo, en tanto haya Otro que sostenga con su mirada y su deseo, haciendo posible la entrada de lo simbólico. Como plantea Nasio (2008), siguiendo a Lacan,

el descubrimiento de la silueta humana en el espejo preforma su yo [*moi*] imaginario y anticipa su yo [*Je*] simbólico. Su resultancia: un cuerpo unificado, en un enlace y entramado narcisista, en el goce que da la prestancia de la unidad imaginaria. (p. 52)

Considerando ahora *el salto que se produce del espejo al papel* cuando la imagen hallada en la lámina de cristal ahora es trazada en una hoja en blanco, en una reducción a mínima: un gran círculo y unas líneas que emergen de él, representación de lo humano alcanzado en el espejo luego del periplo pulsional significativo.

Cuando el pequeño comienza a realizar trazos informes, lo hace con el deseo de repetir esa huella impresa en el papel. Lentamente irá realizando movimientos que se cierran, hasta que el círculo cobre una dimensión, no de movimiento azaroso, sino como trazo que puede repetir una y otra vez.

El monigote, primera representación del cuerpo humano realizada por el niño, tiene una forma, con-forma una imagen con una pregnancia tal que nos permite y le permite reconocerse en unas pocas líneas cerradas y otras abiertas. Los trazos dejados en el papel serán extensión del cuerpo que deja de serlo, la pérdida anunciada por una marca, una huella, un trazo. Algo cae, queda en el papel como registro o representación, el No presente en este acto inaugural.

Cuando el niño por primera vez hace un monigote provoca en el que lo mira el asombro, el regocijo, que produce la unidad, la representación figurada en una reducción mínima de lo humano: un redondel con rayas, ojos, manos enormes y brazos extendidos. Comienzo de lo escrito, de la escritura en el papel, en donde la cultura se hace presente.

El ejemplo de la niña que trazaba las líneas en el espejo se hallaba imposibilitada de realizar el salto del espejo al papel, en la medida en que el montaje significativo quedaba obturado por la ausencia de impresiones psíquicas que sustentaran el nuevo recorrido libidinal, que implica el salto de representar una imagen que no está presente y la hoja en blanco que duplica la ausencia. Para ella queda el abismo, angustias inenabrazables que imposibilitan el júbilo de la representación gráfica, de la posibilidad de contornear libidinalmente el cuerpo vivido, sentido, significado cuando se grafica.

Cuando el pequeño alcanza la realización del monigote, se superponen y circulan los montajes pulsionales, dibuja los trazados erógenos que le permiten unir, condensar esa representación a mínima ESCALA en donde todos nos reconocemos.

Rodolfo (1999/2015) lo refiere como un «nuevo acto psíquico», en la medida que

se vuelve a plantear el ligar su cuerpo, ligarse a su cuerpo. Con este giro, el dibujo pasa a ser uno de los modos fundamentales, uno de los trabajos concretos, en que toda esta ligazón se opera, lo cual, de un golpe, aclara su universalidad en determinado período de la vida. (p. 87)

Françoise Dolto (1986) plantea que, dibujando, el pequeño «se dibuja». Este montaje de con-formación de cuerpo vuelve a ligarse cuando el

pequeño delinea su silueta, que en primer lugar será representante de lo humano, para luego poder darle un carácter personal y nombrarse mientras dibuja. Más adelante se abrirá un mundo de representación lúdica y creativa, expresión privilegiada en la infancia.

EL ESTATUTO DE ACTO CREATIVO PROVENDRÁ DEL OTRO

Consideremos un aspecto significativo de este salto cualitativo en la representación gráfica. Cuando el pequeño comienza a realizar el monigote, no se detiene sobre su creación. Sus papeles pueden caer con descuido a un costado o sobre el piso, sin que se detenga sobre él. En este momento sustantivo para el niño, será el otro/Otro quien le aporte una significación singular. Este salto estará sostenido por la respuesta asombrada y jubilosa del adulto, que nombra y percibe la unidad de la imagen realizada, que hace referencia a la inscripción de lo humano en su carácter simbólico. Confirma con su mirada y sus palabras la prestancia de la unidad imaginaria que ha creado gráficamente el niño.

El pequeño recibe el júbilo del adulto y la certificación de que lo hizo él. Le confiere un estatuto de *acto creativo* que apela a una constitución simbólica que marca un hito diferencial.

Este reconocimiento tiene efecto de estructura y lo hace protagonista de la proeza en tanto ella es validada; en tanto marca, tiene efecto significante simbólico.

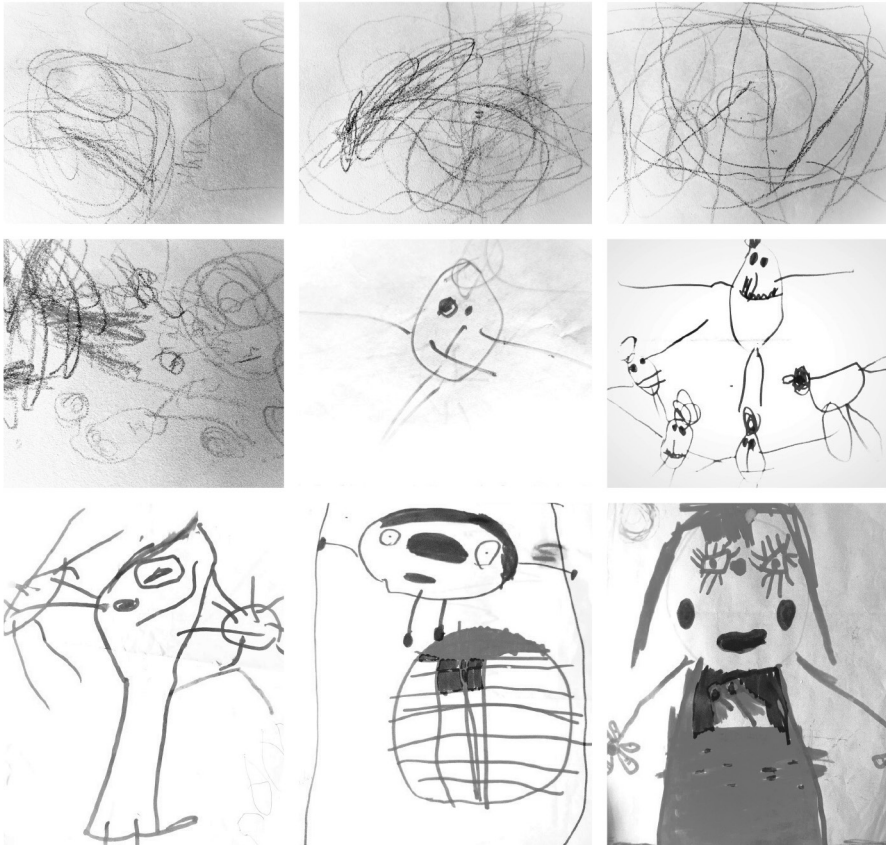
El niño recibe el asombro afirmativo que pone en palabras la hazaña de haber logrado la figura humana. El asombro y el júbilo que sienten los padres o su entorno significativo tiene un efecto de resignificación de su propia experiencia imaginaria con el espejo en donde se percibió unitariamente en su imagen.

Una vez que se percibe en este reconocimiento, podrá ser él mismo quien se sienta jubiloso de realizar una y otra vez la figura, cedida como un don a quienes sostuvieron simbólicamente su mirada. Este gran logro del pequeño tiene como referencia el movimiento deseante del Otro, que le hace posible resignificar los montajes escriturales significantes de los primeros tiempos lógicos. Retomando nuevamente el planteo de Dolto (1986) cuando expresa que el niño «se dibuja», vemos que grafica su recorrido

pulsante, que dejó huellas significativas que recorrieron y conformaron cuerpo. Dibuja el *montaje significativo de escrituras*.

Es claro que cuando hubo fallas en estos recorridos, el niño muchas veces no logra realizar la figura humana o la realiza precariamente, como la niña que trazaba su imagen en el espejo, imposibilitada luego de llevarla al papel.

Aquellos analistas que trabajamos con pequeños sabemos de la importancia de este acontecimiento. La posibilidad de realizar una figura humana configura un aspecto clínico que no podemos soslayar. Estamos advertidos de que el logro de la misma o su imposibilidad tiene una resultado significativo en la medida que reconocemos su referencia a escrituras previas estructurantes o no del psiquismo.



En nuestro encuentro clínico, el dibujo en general y la figura humana en particular cobran un efecto sustantivo y permiten pensar en los recorridos previos a la posibilidad de representación gráfica. En su ausencia nos encontramos con huellas que nos advierten de las fallas estructurales de los primeros tiempos; por el contrario, cuando el niño alcanza su representación en el papel, da cuenta de inscripciones que instauran división psíquica y de los recorridos libidinales significantes en el encuentro deseante de «sus próximos». ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Casas de Pereda, M. (2015). Estructuración psíquica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 120, 24-38.
- Chemama, R. y Vandermersch, B. (2004). *Diccionario del psicoanálisis*. Amorrortu.
- Dolto, F. (1986). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Paidós.
- Freud, S. (1996a). Formulación sobre los dos principios del acontecer psíquico. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 217-232). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911).
- Freud, S. (1996b). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 4). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900 [1899]).
- Freud, S. (1996c). La represión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 135-152). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1996d). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1, pp. 323-446). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950 [1895]).
- García, J. (2019). Coreo-grafías inconscientes. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 129, 13-29.
- Gil, D. (2011). *Errancias: Freud y Lacan en los pagos de San José de Mayo*. Trilce.
- Haag, G. (2004). *Sexualidad y Yo corporal*. Topique 87.
- Imbrano, A. H. (2 de octubre de 2008). El goce es la satisfacción de la pulsión. *elSigma*. <https://www.elsigma.com/colaboraciones/el-goce-es-la-satisfaccion-de-la-pulsion/11796>
- Lacan, J. (2003). *El seminario de Jacques Lacan, libro 7: La ética del psicoanálisis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1959-1960).
- Lacan, J. (2005). *El seminario de Jacques Lacan, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1964).
- Nasio, J. D. (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. Paidós.
- Rodulfo, R. (2015). *Dibujos fuera del papel: De la caricia a la lecto-escritura*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1999).
- Soler, C. (1994). El cuerpo en la enseñanza de Lacan. En V. Goralí (comp.), *Estudios de psicología* (vol. 1, pp. 93-114). Atuel. (Trabajo original publicado en 1987).
- Spitz, R. (1972). *El primer año de vida del niño: Génesis de las primeras relaciones objetales*. Aguilar.
- Uribe, N. (2013). Concepciones psicoanalíticas del dibujo en la clínica del niño. *Affectio Societatis*, 10(19), 48-59.